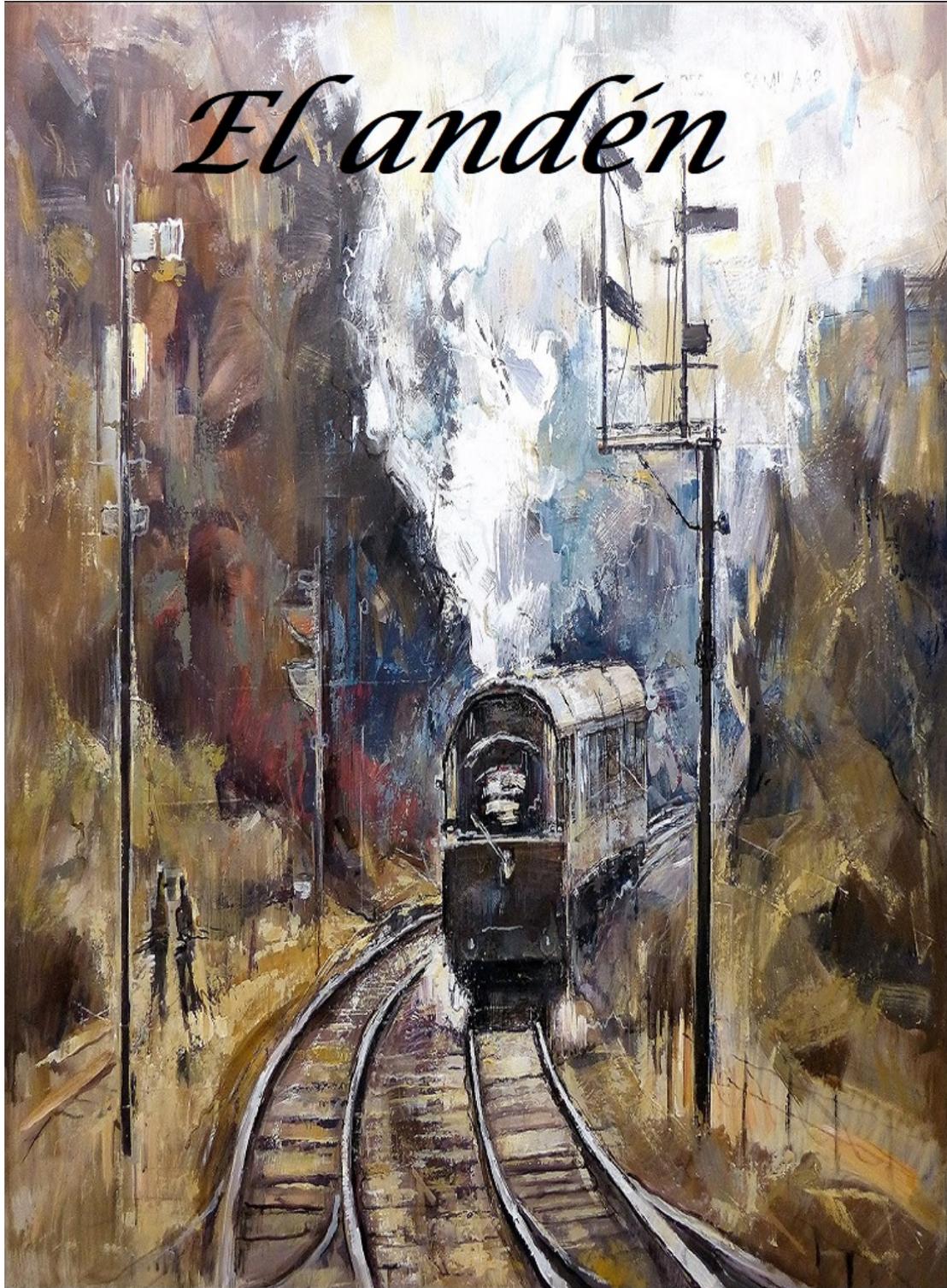


El andén

Luisina Giorgetti



Capítulo 1

El humo blanco inundó el andén, filtrando los rayos de luz solar matutinos. A su alrededor hombres de trajes pulcros y mujeres de vestidos sueltos con niños de la mano se arremolinaban en torno a las puertas provocando un tornado de caos entre aquellos que bajaban y aquellos que querían subir.

Sentado en el banco de madera observaba la ya familiar imagen con recelo. Eran muchas las veces que había estado allí sentado como si tuviera los pies clavados en el suelo, viendo a los pasajeros risueños entrar en los vagones. A veces con envidia; casi siempre con pesar.

Las puertas se cerraron y el tren se puso en marcha desprendiendo una nube de vapor. Adentro se oían las risas que se sofocaban por los cristales. Todos tenían el mismo destino: el campo. Pasar los pies descalzos por la hierba suave, sentir las mariposas correteando por el estómago, probar el dulce néctar de los frutos, respirar la brisa revitalizadora del atardecer. Ahí era donde los pasajeros anhelaban llegar. Él también lo deseaba. Más que ninguna otra cosa.

Apoyó la espalda en el respaldo mientras retorció su sombrero de paño con las manos. Lo invadió la sensación de remordimiento que siempre le llegaba cuando el tren partía y se perdía en la distancia. Con frecuencia se enfurecía consigo mismo y estampaba la prenda contra el suelo, solo para recogerla una vez más. Se decía que era hora de irse a su casa, que tampoco se le antojaba tanto el campo, que estaba cansado de sentarse en ese banco, incluso que ya no llegaría otro tren. Pero no se movía. Permanecía ahí sentado, y otro tren aparecía. Tardaba meses, incluso años, mas siempre llegaba otro tren.

Una fila de vagones verde musgo, de techo negro curvo frenó delante de él. Contempló la pintura brillante; los faroles ubicados al final; los asientos altos de cuero negro, algunos de los cuales se enfrentaban a unas mesas de cedro lustrado para el café; los brillantes colores de las botellas que descansaban detrás de la barra en el bar-comedor; el lujoso papel tapiz de tonos cremosos; la majestuosidad que irradiaba al conjunto. Era un tren hermoso en todos los sentidos.

El ajetreo inundó sus oídos. Los pasajeros se habían empezado a amontonar a la espera de que las puertas se abrieran y emprendieran el viaje. Se inclinó hacia adelante con los brazos sobre las piernas y apoyó su barbilla en la palma derecha. Podía mirarlo un rato más; todavía había tiempo.

Estaba completamente embobado. Se imaginaba sentado en una butaca, riéndose del comentario del barman sobre su sombrero

maltratado mientras le pedía una copa de vino blanco. Risas y música a su alrededor. Bebería y charlaría con los demás pasajeros hasta que el andén quedara lejos tanto de su cuerpo como de su mente, para luego llegar al campo. La idea de emprender el viaje lo llenaba entusiasmo y felicidad.

Los minutos pasaban y la estación se iba vaciando a un ritmo perezoso pero firme; no faltaba mucho para partir. Una corriente fría le recorrió la espalda al igual que si le hubieran echado un cubito de hielo. Posó sus ojos en el vagón nuevamente; el tren que tanto lo había fascinado tenía una pequeña rajadura en uno de sus cristales y una abolladura donde terminaba la locomotora. No eran gran cosa pero él los notaba. Era extraño que no se hubiera dado cuenta antes.

Tal vez no sea tan bueno pensó.

Seguramente tengas más fallas.

Se irguió en su asiento. Con cada tic del segundero una sensación en su pecho cobraba fuerza para luego extenderse por sus extremidades como si las hubiera metido en un enorme hormiguero. Le empezaba a faltar el aire y en su camisa aparecieron dos manchas oscuras a la altura de las axilas. Sus manos temblaban mientras estrujaban la tela de una manera brutal.

No me dejarán subir. No estoy en condiciones, mi sombrero está hecho un asco.

Oyó el silbato que anunciaba los últimos minutos. El corazón se le había acelerado al mismo tiempo que sentía su cuerpo pegado a la madera gastada. Pronto cerrarían las puertas y el tren se iría llevándose la ansiedad que le quemaba el pecho. Cerró los ojos.

Las campanas que anunciaban la partida seguían dormidas y el aire puro, sin rastros de contaminación. Reinaba el silencio. Abrió los ojos con el cansancio de quien ve la misma película todos los días. El tren seguía allí con las puertas abiertas y las luces encendidas.

Esperó unos minutos. Algo no encajaba; en todo el tiempo que había pasado en el andén los trenes nunca se habían demorado. Todos se iban como debía ser, desapareciendo para nunca ser vistos de nuevo.

Desperfecto técnico pensó.

La caldera está fallando, no tardarán en arreglarla.

Se recostó en el asiento con los brazos cruzados y el sombrero arrugado a un lado. Algo andaba mal. El tren debía partir como los otros lo habían hecho, sin excepciones. No podía quedarse ahí para siempre. Se imaginó a

los pasajeros impacientes, algunos murmurando teorías sobre la tardanza, otro inquietos de un lado a otro como si adelantaran el reloj con los pies.

Pasaban las horas tranquilas al mismo tiempo que su tensión aumentaba con cada minuto.

¿Por qué no se va? ¿Qué está esperando?

Sus neuronas se habían entrecruzado, haciendo cortocircuito. Aquello escapaba de su comprensión. Eran muchas las veces que había estado allí sentado viendo vagones grandes, pequeños, largos, cortos, azules, rojos, negros, ruidosos, modestos que llegaban a buscar la carga y partían sin pensarlo cuando no había más que hacer. Mas ninguno se había quedado tanto tiempo esperando. Una parte de él deseaba que se fuera o la ansiedad acabaría matándolo; la otra quería subirse. Muy en el fondo sabía la verdad: aquel tren no se iría a menos que diera media vuelta y saliera de la estación rumbo a su casa.

Se puso de pie, frente a frente con la puerta del vagón. Un torrente de pensamientos abordaron su mente como una manguera que empieza a llenar una piscina.

Se va a descarrilar

Seguro no es tan bueno

Los otros pasajeros me van a mirar mal

Se quedará a mitad de camino

Mi sombrero está viejo y gastado

No estoy tan elegante para subir

El campo no es tan bueno...

Dio un paso vacilante. Tenía un miedo en lo profundo del corazón que le enviaba cemento a sus piernas en vez de sangre. Otro paso. Esperaba que en cualquier momento se cerraran las puertas, haciéndolo sentir estúpido por haber creído lo contrario. Paso. Las bocanadas de aire salían de sus pulmones a mares y las hormigas se habían mudado al área que rodeaba su columna. Paso.

Llegó hasta la puerta. El tren seguía firme en el mismo lugar. Ahí se quedaría hasta que él tomara la decisión. Posó su mano sobre el metal verde y exhaló el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta. Esperó unos minutos, inhaló hasta casi reventar y, de un salto, traspasó la

abertura.

Se imaginaba el estruendo del metal al chocar las puertas seguido por el rechinar de los rieles producto de la excesiva velocidad de los vagones. En cambio, todo lo que recibió fue un suave click y un reconfortante balanceo, como la cuna de un bebé. Se sentó en un asiento junto a la ventana, temblando con un nudo en la garganta que apenas le permitía respirar.

A lo lejos vio las ondulaciones de las colinas; los prados verdes; los frutos, algunos aún entre las hojas, otros en cestos de mimbre al pie de los árboles; las nubes pomposas en el cielo azul. El olor de las flores de lavanda le llegó desde algún lado junto con una suave música. Las hormigas se habían ido a dormir poco a poco y el pecho se le había desinflado. Para cuando el tren llegó al campo se sentía tan dichoso que pensaba que iba a explotar. Era mejor de lo que había imaginado. Reía tanto que la cara le había empezado a doler; aún así continuó al igual que un niño. El andén había quedado muy lejos, tanto de su cuerpo como de su mente. Un vago recuerdo que con el tiempo se borraría por completo. Se sentía estúpido, sí, pero de haber sentido miedo.